Capítulo 1

El Creador sana

Para sanar correctamente…

En el centro de una gran avenida frente al ayuntamiento de Londres, Inglaterra, se alzaba una torre de reloj que presentó un problema. Debido al reloj averiado, muchas personas no pudieron cumplir sus citas, causando una gran confusión. Los funcionarios del ayuntamiento llamaron a técnicos, pero no encontraron solución. Un día, un anciano de aspecto humilde llegó al ayuntamiento y dijo que él lo repararía, subiendo a la torre del reloj. Poco después, el reloj comenzó a funcionar correctamente de nuevo. El asombrado alcalde preguntó al anciano cómo lo había reparado, y él, sonriendo ampliamente, respondió: «Yo soy la persona que fabricó este reloj.»

Cuando cualquier objeto se avería durante su uso, lo mejor es confiarlo a quien lo fabricó para que lo repare. De igual manera, cuando una persona ha descuidado su propio cuerpo y ha enfermado, para sanar correctamente debe acudir al Creador que hizo el cuerpo humano. A nuestro alrededor hay muchos pacientes que han desarrollado problemas por el mal uso de su cuerpo. Ellos buscan especialistas en ese campo, pero a menudo terminan desesperados al encontrarse con los límites de la medicina moderna, que depende de cirugías y fármacos. En estos casos, deben confiarse al Creador, y Él puede sanarlos.

En el Centro de Retiro Bethel que he dirigido, pacientes con diversas enfermedades que la medicina moderna considera incurables están recuperando la salud al recibir la prescripción de Dios según lo que enseña la Biblia. En el capítulo 9 de este libro, «Historias de restauración», se recogen relatos vívidos de experiencias de personas que estuvieron a punto de renunciar a la vida y que recuperaron la salud al aceptar la prescripción de Dios con la fe de que el Creador sana.

Hipócrates, pionero de la medicina occidental, dijo: «La fuerza natural es el verdadero remedio.» ¿Existe realmente esa fuerza que es el verdadero remedio? Si existe, ¿qué es y de dónde viene? Además, ¿cómo se puede recibir esa fuerza? Los lectores encontrarán la respuesta en este libro.

La fuerza natural no existe de manera espontánea como afirma la teoría de la evolución. La fuerza natural proviene del Creador que hizo la naturaleza. El Creador que formó al ser humano ha inscrito Su ley en todos los nervios, músculos y órganos fisiológicos del cuerpo humano. Esa ley está vinculada con la ley moral, que es el principio del amor, y con las leyes del mundo natural, que son el fundamento de todo el universo.

Además de los alimentos que el Creador designó para que el ser humano comiera (véase Gn 1:29), la intemperancia del apetito —té, café, tabaco, alcohol, carne, etc.— y el estrés mental causado por la preocupación, la ansiedad, la inquietud, la impaciencia, el odio, la envidia, los celos, la ira y el sentimiento de culpa se convierten en factores que luchan contra las leyes de la vida y la salud. Debido a estos estilos de vida no saludables, en el organismo ocurren fenómenos que el Creador nunca planificó, y esto es precisamente la enfermedad.

Las leyes que rigen el mundo espiritual y las leyes que rigen el mundo natural están dentro de una misma ley.

Todas las leyes que rigen el cuerpo humano tienen su origen en Dios, y en sus características e importancia son idénticas a la ley de Dios. Si los ojos espirituales se abrieran, se podría ver que la justicia eterna e inmutable obra en nuestro mundo. Una fuerza poderosa que no está bajo el dominio humano actúa según la ley, y esta fuerza proviene del Creador. Por lo tanto, Dios requiere que todos los seres vivientes obedezcan esa ley.

Todo sucede conforme a la ley, y esa ley es el instrumento mediante el cual Dios obra.

«Las leyes naturales no actúan por sí mismas. Dios está obrando continuamente dentro del mundo natural. La naturaleza es sierva de Dios, que recibe dirección según lo que Él hace. La naturaleza, en su actividad, testifica de

la presencia y la acción de una persona inteligente y activa que mueve todas las cosas según Su voluntad. Que la tierra produzca cada año abundantes cosechas y que gire alrededor del sol no se debe a una capacidad inherente a la naturaleza. La mano del poder infinito guía este globo terráqueo y obra profundamente en él. Lo que mantiene a la tierra en su órbita es el poder de Dios que actúa momento a momento.» - Testimonios para la Iglesia, tomo 3, p. 259

Cuando el ser humano transgrede las leyes de la salud, enferma. Sin embargo, si cree en el Dios que lo creó y obedece las leyes de Su palabra, ese Creador lo sanará.

Dios prometió: «Si oyes atentamente la voz de Jehová tu Dios, y haces lo recto delante de sus ojos, y das oído a sus mandamientos, y guardas todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Jehová tu sanador» (Éxodo 15:26). Cuando Jesús sanaba a los enfermos, no actuó ignorando las leyes que Él mismo había dado para la salud del pueblo de Israel. Él «recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mateo 4:23).

«Cristo dio al pueblo de Israel instrucciones claras sobre los hábitos de vida, y aseguró: “Jehová alejará de ti todas las enfermedades” (Deuteronomio 7:15). Cuando ellos cumplieron todas las condiciones, la promesa se confirmó para ellos. “No hubo entre sus tribus uno solo que fuera débil” (Salmos 105:37).

Estas enseñanzas son para nosotros. Hay condiciones que deben observar todos los que desean preservar la salud. Todos deben saber cuáles son esas condiciones. Jehová no se complace en que se ignore Su ley, ni en la naturaleza ni en lo espiritual. Debemos ser colaboradores con Dios para la restauración de la salud física, así como de la salud del alma.» - Comer bien, alimentarse correctamente, p. 121

Conociendo la enfermedad, hay remedio.

Los diversos tratamientos utilizados en la medicina moderna intentan eliminar únicamente los síntomas resultantes producidos por alguna causa. Sin embargo, cuando surge algún problema, indudablemente existe una causa.

El principio de sanación del Dios que creó al ser humano es resolver la causa que produjo la enfermedad.

La Biblia dice que ello es el resultado de la desobediencia a la palabra de Dios.

«La enfermedad es un fenómeno natural mediante el cual el organismo del cuerpo busca liberarse de una situación originada como resultado de la transgresión de las leyes de la salud. Cuando se produce una enfermedad, se debe identificar la causa. Las condiciones no saludables deben cambiarse y los hábitos erróneos deben corregirse. Así, se debe ayudar a la naturaleza en su esfuerzo por eliminar las impurezas y restablecer las condiciones correctas en el organismo físico.» - El ministerio de curación, p. 127

La enfermedad es el resultado derivado de hábitos de vida erróneos. Por lo tanto, cuando surge una enfermedad, se debe examinar la causa y mejorar los hábitos de vida no saludables. Cuando se proporcionan al cuerpo las condiciones para que pueda funcionar, el cuerpo resuelve por sí mismo los problemas que hay en su interior.

El estrés causado por la glotonería, el exceso de trabajo y la irritabilidad es la causa de todas las enfermedades. Este libro presenta los principios de salud basados en las enseñanzas de la Biblia para que se practiquen en la vida diaria.

Los diversos tipos de cáncer, hipertensión, diabetes, artritis, todas las enfermedades cutáneas incluyendo la dermatitis atópica, las enfermedades que surgen en todos los órganos del cuerpo y las enfermedades autoinmunes que padecen las personas modernas hoy son fenómenos que ocurren porque las células que componen el cuerpo se deterioran o su función disminuye debido a estilos de vida no saludables. Estas enfermedades no pueden curarse con

medicamentos. Ya se ha demostrado que tampoco pueden resolverse con la medicina moderna.

Las enfermedades que surgen por el deterioro de las células que forman el cuerpo se resuelven cuando se normalizan las células deterioradas. Ello consiste en proporcionar las condiciones para que las células deterioradas se normalicen mediante la adopción de hábitos de vida correctos.

Al usar medicamentos, el dolor se elimina temporalmente y los síntomas parecen aliviarse, pero si no se resuelve la causa de la enfermedad, no se puede esperar una recuperación fundamental de la salud. El verdadero tratamiento que restaura la salud está en la palabra de Dios.

Todo el mundo fue creado por la palabra de Dios, y esa palabra sigue siendo hoy el remedio que restaura el cuerpo enfermo.

El salmista dice: «Algunos moraban en tinieblas y sombra de muerte, aprisionados en aflicción y en hierros, por cuanto fueron rebeldes a las palabras de Jehová, y aborrecieron el consejo del Altísimo. Por eso quebrantó con el trabajo sus corazones; cayeron, y no hubo quien los ayudase… Entonces clamaron a Jehová en su angustia, y los libró de sus aflicciones. Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina» (Salmos 107:10-20).

Había un hombre de unos cuarenta y tantos años. Había sufrido durante 16 años de hipertensión y diabetes, y debido a las complicaciones había perdido casi por completo la vista; además de la cirrosis, tenía ictericia en todo el cuerpo, ascitis y edema hasta el empeine de los pies. Su vida estaba empapada de alcohol, tabaco y estrés; después del trabajo, las reuniones de empresa se prolongaban en segunda y tercera rondas, y solía volver a casa pasada la medianoche. Cada mañana apenas se levantaba, sustituía la comida por una taza de café e iba a trabajar, repitiendo esta rutina día tras día.

Cada vez que visitaba el hospital, los medicamentos aumentaban uno por uno, pero su cuerpo empeoraba cada vez más. Cuando llegó al Centro de Retiro Bethel, no podía dormir por el dolor causado por diversos síntomas, y su corazón estaba oprimido por la desesperación de no poder recuperar ni la salud ni la vida.

Viéndose impotente, sin poder siquiera valerse por sí mismo, mientras dejaba a su esposa la carga de cuidar a su madre postrada por la vejez y de atender a sus hijos que aún necesitaban apoyo, comenzó a buscar al Ser Supremo mirando al cielo. Fue entonces cuando escuchó sobre el Centro de Retiro Bethel y llegó con una tenue esperanza.

A medida que pasaban los días, comprendió por qué su enfermedad no podía sino surgir, y al familiarizarse con el nuevo estilo de vida, experimentó una profunda conversión. Con el paso de los días, su mente se aclaraba y en su corazón, antes ansioso e impaciente, encontró la paz. Él, para quien nunca faltaba carne en la mesa, llegó a saber que el consumo de carne es una causa de enfermedad. Él, que había vivido diciendo qué placer habría en la vida sin alcohol ni tabaco, llegó a comprender que las alegrías de la vida no están en comer y beber. Al aprender a través de la Biblia los principios correctos de vida que el ser humano debe seguir, comenzó a ordenar uno por uno su vida pasada.

Dejó los medicamentos desde el primer día, y tras aproximadamente una semana, la ascitis desapareció, la ictericia se desvaneció y el color del rostro y la orina se fueron aclarando. Después de 2 a 3 semanas, recuperó la vista y pudo gradualmente actuar como una persona normal.

Estos milagros son la obra de Dios que ocurre conforme a las leyes de la vida establecidas por Dios. Sin embargo, aunque la salud se haya recuperado, si uno vuelve a su antiguo estilo de vida y vive de manera intemperante, perderá nuevamente la salud. Por eso Jesús, después de sanar al enfermo, dijo: «Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor» (Juan 5:14). ❖